

LA HERENCIA DE UN VIEJO ROBLE

LA HERENCIA DE UN VIEJO ROBLE

Nuestros robles se asientan sobre terreno preparado por ellos mismos durante decenas de miles de años, adaptados al clima y al espacio que disfrutaban, vegetan durante una larga vida, proporcionando hoja, pasto, madera, leña; se puede decir que toda su hermosura no tiene desperdicio; su corteza, incluso, ha sido un curtiente utilizado en el pueblo hasta hace 30 años.

Arboles de majestuoso porte, sombra protectora y clave de vida en la zona desde la más remota prehistoria. Recordemos los soberbios ejemplares de Zumedei con sus 75.000 años bajo tierra, el mítico esqueleto viviente de Bortazabal, o los solemnes casos de Lorenzomonttei.

Con sus hasta 2.000 años en su corteza rugosa han visto desfilar a su lado todos los cambios de la técnica y de la estrategia desenvueltas en las orillas del río Arakil. Se extrañaron los romanos, vieron de lejos los hieros de los godos, escucharon huidizas las galopadas de los jinetes árabes, admiraron la vistosidad de los uniformes franceses y se sorprendieron del miedo de las desarrapadas tropas, que mandadas de Madrid repetidas veces en el pasado siglo, se desbandaban ante el relucir de la primera garrocha. Hacer armas tiene sus quebraderos de fortuna y de cabeza.

Cuando se acercaban tropas hostiles tenían por costumbre encomendar los fondos públicos y aun privados a una persona o un pequeño grupo que los pusiera a buen recaudo; los demás desconocerían el lugar donde quedaban escondidos. En algunas circunstancias se vieron obligados estos encargados a variar de lugar en repetidas veces. Con este sistema se evitaban las detenciones indiscriminadas, pues por mucho que les apuraran nunca podrían dar pista de lo que desconocían. Las andanzas del arca municipal evitando a los franceses por los años 1795 fueron ejemplares o los apuros de 181 tras la batalla de Vitoria.

Un caso mucho más reciente trajo en jaque a parte del vecindario que ha contado entre mitos y leyendas alusiones a fortunas de oro ocultas en cuevas de Putterri o bajo la peña de Beriain.

La retirada de los restos del ejército carlista hacia Francia por los años de 1876, pasó por la estación ferrocarril de Etxarri, que se incendió a su paso. Mientras unos le pegaban fuego a base de bien, un reducido grupo se adentró al monte por Arangorrieta hasta Astuain.

Pronto volvieron y juntos todos reemprendieron su marcha hacia las tierras suaves de Lapurdi y Bayona.

Por el pueblo corrió al poco tiempo la noticia de que en Astuain se había procedido a esconder una fuerte cantidad de oro; sin embargo, no se conocía más detalles. Por si la cosa fuera cierta, quien más quien menos se tomó la molestia de echar un vistazo cada vez que iba con los animales, en busca de hoja o algo de leña.

Parecía que todos tenían la certeza de que había buena cantidad de monedas de oro al alcance de un buen rastreador. Las pesquisas se dejaron al no dar nadie con el menor indicio. Aunque la zona de Astuain viene a ser reducida se miró palmo a palmo, nadie daba con el menor rastro.

LA HERENCIA DE UN VIEJO ROBLE

A Francia había pasado unos 15.000 excombatientes del depósito; desde aquí se relacionaban con Bayona tiempo atrás; por lo que también se siguió esta vía indagatoria entre los exiliados, buscando detalles. Al final se dejó el caso y de remover el asunto y el terreno sospechoso de Astuain, viendo que el perseguido tesoro no relucía por ninguna parte. Así quedó oculto hasta en la mente por años siguientes.

Fuera de las asignaciones anuales por familia, conocidas como lotes de leña para hogar, se hacía de ramas, espinos y desperdicios el acopio complementario para el horno y el fuego bajo.

Siguiendo la costumbre, mientras la mujer se quedaba en casa con un par de amigas, el marido se dirigió a Astuain en busca de un manojo de leñas; la cercanía del paraje hacía que la revisión fuera más fácil por parte de todo el mundo y apenas se veía algo aprovechable; pensó extraer algunas astillas de un roble, maltratado por los muchos años que tenía; su tronco presentaba un enorme hueco por el que entraba uno casi sin problemas. Introdujo el hacha y medio cuerpo, su idea de hacer "kelkorras" para iniciar el fuego diario de su cocina le llevaba a soltar unos hachazos que sonaban dentro del roble como un atabal ronco.

Soltó un golpe algo más fuerte que los demás, cuando le pareció que el roble se le había venido encima. Se le escapó el hacha y quedó conmocionado durante unos segundos. Sacó el medio cuerpo que tenía dentro del árbol y al ir a recuperar su herramienta no daba crédito a lo que veía; para él aquello eran efectos del terrible golpe que había recibido; pero una alucinación así nunca había sufrido y olvidándose del hacha echó mano a las monedas que cubrían el hueco del roble: dos arcones viejos le habían caído sobre la cabeza y lo que relucía era oro de ley.

Nervioso, olvidándose de sus dolores de cabeza, hizo requisita atropellada de lo que bien le pareció, porque no podía contenerse más y corrió a su casa. Sofocado se presentó en la cocina entre las dos mujeres y la suya, al ver que llegaba tan pronto y sin leña, perdida la paciencia, le empezó a protestar con aire descompuesto. Estaba a las puertas del invierno y ni mucho menos tenían leña suficiente para darle buena cara.

Con gestos de que guardara silencio agarró del brazo a mujer, haciendo que la acompañara, dejando a sus amigas; le decía que efectivamente leña no traía, pero sí algo mejor para el invierno. Le acompañó entre protestas y expresiones agrias hasta la cuadra; fuera de la vista de las otras dos le hizo extender la falda: las manos le temblaban mientras de sus bolsillos iban sacando monedas, que echaba sobre el vestido de su mujer. Le contó cuanto había sucedido; le enseñó el terrible golpe que tenía en la cabeza y quedaron ambos en nada decir a nadie. Ya recuperado del emocionante golpe, él volvería a por el resto del botín de guerra, que no había podido recoger del todo, dadas las circunstancias sufridas.

Cuando de nuevo entró en casa, ya solo estaba su mujer, atracaron la puerta y se pusieron a contemplar en la cocina la totalidad de la cosecha, que había dado aquel viejo roble.

Al día siguiente, sin decírselo a nadie, fueron a Pamplona y cambiaron el hallazgo por moneda de curso legal. El repentino cambio en su forma de vida extrañó a todo el pueblo; buenas propinas en la iglesia,

LA HERENCIA DE UN VIEJO ROBLE

su ropa, las fiestas de San Fermin, dejaban claro que había ocurrido un milagro y de os grandes. Tuvo que confesar a sus amigos, que le cuento del oro de Astuain era una leyenda cierta.

Muchos por no decir todos, acudieron al bendito lugar, junto al roble que tan bien conocían; pero a quién se le ocurre, decían, esconder dos arcones sobre el hueco de un árbol; por lo visto, para ellos los tesoros se debían enterrar y no dejarlos de aquella manera, porque a nadie se le había pasado por la mente mirar donde realmente estaba.

Al afortunado le mareaban sus convecinos, curiosos por saber la cuantía a la que ascendía el trueque. La única contestación que escuchaban era, que a él ya no le verían trabajar más.

Así vivió varios años con moderación, pero si ahogos; y así hubiera seguido viviendo, si no llega a sucederle una de las más graves y tradicionales lacras que ha padecido siempre nuestro pueblo; lo tenía todo previsto todo menos las hazañas del fuego. Por él había topado con la fortuna y por él ahora se le hundía todo. Incendiada su casa, con ella se convirtió en cenizas su tesoro de papel moneda, volviendo sin más a la vida de antaño; yo no iría a ver los toros en San Fermin y tendría que volver al monte para asegurarse un invierno mejor. La adversidad no le creó trauma alguno y los demás al menos pensarían que quién le quitaba lo bailado.

Los roles, impasibles, le veían de nuevo a su lado, como a los demás recogiendo su mejor tesoro: la seguridad de un hogar caliente y la cama y el sustento de sus animales.

Esta historia debe hacernos pensar que no todo lo mítico y legendario que nuestros abuelos cuentan procede de su fantasía; en sus viejos cuentos casi siempre hay un tesoro para interpretar la vida, si se sabe entender.

LA HERENCIA DE UN VIEJO ROBLE
